

SOME FRESCO PAINTINGS BY DIEGO RIVERA¹

To Prof. Emanuel Toussaint,
The Summer School,
National University of Mexico.

In the "Modern Monthly Magazine" of June 1933, there is an article by Diego Rivera entitled, "What is Art For?" and in this article he tells us that in 1929, he was present at a meeting of the Communist Academy in Moscow, and at this meeting he was asked to give his opinion concerning "Art for the Proletariat". To this request he replied, "What I would advise you to do is to make a decision not to give commissions to any painter who is not a proletarian in his manner of thinking and working". Continuing, he said, "It has been said that the revolution has no need of Art, but that is not true. The revolution does have need of Art ".....". It supplies strength for the struggle. It is as much a nourishment as is wheat".

1 He creído oportuno publicar este trabajo breve de una alumna norteamericana de los Cursos de Verano, para que se vea que tampoco allá comulgan todos con ruedas de molino.

R A F A E L G A R C I A G R A N A D O S

When I stand before Rivera's murals entitled, "The Billionaires", "The Bourgeois Reformers", "Bourgeois Family", and the "Twilight of the Gods of the Bourgeoisie", etc., murals which are on the walls of the third floor gallery at the Ministry of Public Education in Mexico City, I ask myself if these murals are a part of the "wheat" with which Diego Rivera would "nourish" the "revolution"? If they represent the kind, and the quality of "art", of which the revolution "has need", and which "supplies strength for the struggle"?

Is it upon such a foundation of class hatred as this, that Rivera would establish his Brotherhood of Workers? If this be his aim, the thought does an injustice to the true character of the Mexican Worker, of the Mexican Indian.

To Diego Rivera's question:—"What is Art For?" He himself has given the answer.

On December 5, 1933, at the New Workers' School in New York City, Rivera was asked this question:—"Do you think good painting is possible without the revolutionary purpose?"

"No", he replied, "because our time is a time of fight". So, in his own words, Rivera believes that, "The revolutionary purpose" is "the purpose" of "Art", that without this "revolutionary purpose" it is not "good painting".

The murals mentioned in this article repudate this

C O N T R A . L A H I S P A N O F O B I A

claim of their creator; they are unartistic, childish epitomes of animosity—and their “art” content registers at zero. These revolutionary panels mentioned have not even the quality of consistency; in one panel he honors the tractor and the harrow—machines of immense importance to the farmer—by festooning them with garlands of flowers, and then, in a nearby panel, he relegates to the despised and hated class of “Billionaires”—among them the Brain Workers, the very man who invented the tractor and also the low-priced automobile. If it were not for the inventions and the other fruits of the brain workers’ studies, Mankind would still be using stone implements and still, in Mexico, be offering human sacrifices at the shrine of the Warrior God Huitzilopochtli.

México, D. F., August 11, 1936.

Samantha L. HUNTLEY.

II

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA EN AMÉRICA

●

LA ARQUEOLOGIA MEJICANA COMO FUENTE DE LA HISTORIA COLONIAL DE ESPAÑA

*Conferencia sustentada en el salón de
la Unión Iberoamericana, en Madrid, el
9 de enero de 1936.*

No encuentro palabras con qué agradecer las bondadosas frases del Maestro Altamira. No cabe, siquiera, hacer el elogio que amerita su distinguida personalidad porque sus méritos son de todos tan conocidos, que nada podría decir sin caer en la vulgaridad.

Cuando tuve el honor de ser invitado para explicar en Sevilla, en el Centro de Estudios de Historia de América, un Cursillo de Arqueología Mexicana, me propuse como objetivo principal despertar entre los alumnos el interés por los estudios americanistas prehispánicos y poner de relieve sus relaciones con la obra de España en América. No sabía entonces que los estu-

dios indianistas habían tomado ya en España el auge que se inicia, y que la labor que me había impuesto de despertar el interés, estaba ya ampliamente realizada. No sabía que en la Universidad Central de Madrid un catedrático español explica Gramática Náhuatl, ni que hay en la propia Universidad cátedra de Arqueología Americana; ni que está profesando un curso en Madrid el doctor Walter Lehmann, a quien tanto deben la Arqueología y la Lingüística mejicanas; ni que se había fundado la Sociedad de Amigos de la Arqueología Americana, en cuyas primeras muestras de actividad he tenido el honor de colaborar al ser invitado para dirigiros la palabra en esta ocasión. No sabía, en fin, que los estudios indianistas americanos están en marcha ascendente y que España llegaría en porvenir cercano, como sin duda llegará, a ser la Meca de estos estudios en el Viejo Mundo. Y nada más justo que así sea, puesto que fué España la que incorporó el Continente Americano a la cultura occidental por medio de sus incomparables y nunca bien ponderados evangelizadores y legisladores.

Pienso yo que el estudio de la antigüedad indígena de América es el mejor medio de lograr el acercamiento espiritual y comprensivo entre España y el Nuevo Mundo, de igual manera que el estudio de la historia y el pensamiento españoles, al ser estudiados en América, acercarán cada día más a los países. Mas para que esta mutua labor de comprensión sea fructífera, será menester que todos nos enseñemos como somos; que

C O N T R A L A H I S P A N O F O B I A

ni españoles ni americanos tratemos de disimular nuestros defectos ni nuestros errores, ya que la verdad histórica al fin siempre resplandece y la ocultación de los defectos en nada aumenta el afecto entre pueblos hermanos de igual manera que la madre suele preferir al hijo descarriado que sufre, sobre el juicioso que prospera.

En los discursos que se pronunciaron con motivo de la fundación de esta Sociedad de Amigos de la Arqueología Americana, se dijo, y es verdad, que España ha descuidado el estudio del pasado indígena de los pueblos de América y que se propone remediar ese yerro. Yo pienso que este propósito es tanto más laudable cuanto que no es posible comprender la trascendencia y la grandeza de la obra de España en América sin conocer su pasado indígena. Porque uno de los mayores méritos de la obra de España es la adaptación de lo indígena al régimen colonial. Y precisamente porque España incorporó en su legislación y en su organización colonial, leyes y costumbres indígenas, deben ser los españoles quienes estudien esas influencias para que no suceda lo que con la obra de Fray Bartolomé de las Casas, cuyas exageraciones fueron a su vez exageradas en el extranjero hasta crear la Leyenda Negra.

No se piense, por lo anteriormente dicho, que formo en las filas de quienes creen o afectan creer que España destruyó en Méjico civilizaciones superiores. Por el contrario, pienso que los pueblos mejicanos del siglo XV representaban sólo los restos decadentes de anti-

guas culturas que, esas sí, alcanzaron un desarrollo superior. Quien lo dude no tiene más que recordar que los mayas o los toltecas lograron medir el tiempo con mayor precisión que sus contemporáneos europeos.

Pienso, en resumen, que debe ser España la que estudie la antigüedad indígena siguiendo las huellas brillantemente trazadas por Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos que han producido americanistas cuyos nombres no quiero pronunciar porque forman legión y temería omitir alguno de primera fila.

Perdonadme si al decir lo anterior hiero vuestra susceptibilidad. He querido sólo haceros un reproche amistoso que es hijo de mi amor a España, a la que quiero como a mi propia patria, porque pienso que Méjico, a pesar de sus extravíos (¿qué pueblo no los ha tenido?), sigue siendo espiritualmente un jirón de España.

Dije antes que lo indígena imprimió modalidades suyas a la obra española y quiero ahora sólo señalar algunas de esas influencias para poner de relieve la importancia de los aportes indianistas en la Historia Colonial de España.

La encomienda, esa institución tan discutida y tan traída y llevada en discursos políticos, necesita para su comprensión del estudio de las conquistas que Tenochtitlán llevó a cabo entre los pueblos de fuera del Valle de Méjico hasta Centroamérica. Yo creo que la enco-

C O N T R A L A H I S P A N O F O B I A

mienda evolucionada en América y particularmente en Méjico, tenía muy poco de la encomienda medieval y mucho del sistema de tributación de los pueblos conquistados por Tenochtitlán. La segunda parte del Códice Mendocino es una copia de la Matrícula de Tributos, código prehispánico que se conserva en el Museo Nacional de Méjico. Pues bien, don Antonio de Mendoza, el más grande y más humano de los virreyes que España nos envió, hizo copiar la matrícula de tributos, no para que sirviese como fuente histórica a los cronistas de Indias, sino para ilustrar el criterio de quienes habían de fijar los tributos que los pueblos debían pagar a los encomenderos o a la Corona. Es decir, que la tributación establecida antes de la Conquista fué la pauta para la organización económica de la hacienda pública en la Nueva España.

Hernán Cortés, cuyo genio como militar, político, legislador e historiógrafo lo colocan a una altura no igualada en la Historia Universal, dice en su testamento, que fijó los tributos de acuerdo con los padrones de la gentilidad y alega como descargo que no se excedió de esos tributos.

El infatigable enemigo de la encomienda y los encomenderos Fray Bartolomé de las Casas, se queja en sus múltiples escritos de que los tributos excedían a los de la gentilidad, dando así por hecho que la tasación indígena debía ser la norma para fijar los impuestos en el siglo XVI.

Las Nuevas Leyes, dictadas en 1542, establecen

C O N T R A L A H I S P A N O F O B I A

combatiente. Las armaduras de algodón acolchado de los indios eran más prácticas e igualmente seguras y los conquistadores las adoptaron.

Se ha dicho, y se repite aún, que si 500 españoles triunfaron sobre cientos de miles de combatientes indígenas ello se debió fundamentalmente a dos factores: la caballería y las armas de fuego. Para destruir esta creencia basta recordar que Cortés llevaba en su ejército sólo dieciséis jinetes y trece escopeteros. El resto de los conquistadores estaba armado con lanzas, ballestas y espadas, armas éstas de una eficacia semejante a las flechas, ondas y macanas provistas de cuchillos de pedernal de los indígenas. Las escopetas y la artillería de los conquistadores requerían varios minutos entre un disparo y el siguiente y una carga de dieciséis caballos, por muchos estragos que hiciera no podría acabar con miles de hombres aguerridos. Pero la pólvora y el caballo eran desconocidos de los americanos y fueron armas de enorme valor moral utilizadas con suma habilidad por el Conquistador. Recuérdese cómo cambiaron de actitud los tlaxcaltecas cuando Cortés ordenó una salva de artillería y cómo sacó partido al celo de un caballo encabritado a la vista de las yeguas, al hacer creer a los indios que el caballo era un dios enfadado al que había que complacer para apaciguarle.

Hubo otro factor moral del que Cortés sacó mayor provecho: el mito de Quetzalcóatl. Este misterioso personaje blanco y barbado de moral semejante a la cristiana, enemigo de sacrificios humanos, que fué deificado por los toltecas y en quien historiadores cristianos han creído ver al Apóstol Santo Tomás, sigue siendo motivo de apasionantes investigaciones arqueológicas que interesan al historiador de la Conquista. Según la tradición indígena, Quetzalcóatl desapareció por el Oriente y anunció que volvería en una fecha que coincidía con la llegada de Cortés. Cuando éste desembarcó, recibió presentes que Moctezuma enviaba a Cortés—Quetzalcóatl y el Conquistador, con esa visión genial que siempre lo distinguió, se dió cuenta del partido que podía sacar al encarnar a la divinidad blanca.



El encantador cronista Bernal Díaz, con ingenuidad cautivadora, acusa airado a los indios en muchos de sus capítulos, de ser caníbales, sin saber que casi todos los pueblos de la tierra han pasado en su evolución por la etapa de la antropofagia. Pero lo curioso es que al espíritu investigador y cuidadoso de Bernal se le haya escapado el fondo ritual de la antropofagia mexicana. Este prescribía que en determinadas festividades, después de sacrificar al prisionero en el templo, se comiera la carne de sus brazos y piernas como comunión en un banquete ritual en que no debía tomar parte el guerrero que le había hecho prisionero. Que los mejicanos eran antropófagos por rito, lo demuestra

C O N T R A L A H I S P A N O F O B I A

el hecho de que nunca comieran carne de los muertos en el combate, pero esto no ha bastado para que un historiador contemporáneo atribuyera la desaparición de la antropofagia a la introducción de ganados vacuno y lanar al Nuevo Mundo. El estudio de la antropofagia ritual permitirá al historiador de la Conquista comprender fenómenos que de otra suerte parecen inexplicables.



El rito del sacrificio humano tuvo también gran importancia en la epopeya de la Conquista. Es curioso observar cómo, mientras los países del Viejo Mundo se preocupaban por encontrar una fórmula que garantizara la paz internacional, que procuraban conseguir por medio de alianzas ofensivas y defensivas, las civilizaciones de Anáhuac hacían precisamente lo contrario: concertaban tratados con sus vecinos comprometiéndose a tener periódicamente guerra contra ellos. En estas guerras o torneos que tenían lugar cada 60 días, no se preocupaban de matar al enemigo en el campo de batalla, sino de tomarlo prisionero para sacrificarlo después en el templo con gran solemnidad. Mas no sólo en estas guerras, llamadas floridas, se procuraba hacer el mayor número de prisioneros, sino que en las verdaderas guerras se observaba igual procedimiento. Los grados militares se otorgaban según el número y calidad de prisioneros tomados en la guerra. Gracias a esta ambición de prender vivos a los españoles, éstos lograron escapar en más de una ocasión y Cortés le de-

bió a ello la vida, ya que tres veces fué hecho prisionero y libertado después por sus compañeros.



Fácil es comprender el terror que estos ritos sanguinosos infundieron a los españoles y no debe extrañarnos que los frailes evangelizadores y el mismo Conquistador fueran destruyendo, en cuantos templos visitaban, los dioses sedientos de sangre española. Y como los manuscritos indígenas se hallaban principalmente en los templos y eran considerados, justamente, como las escrituras sagradas de la gentilidad, los obispos Zumárraga y Landa quemaron desgraciadamente gran número de ellos, dando así lugar a que historiadores modernos, que pretenden juzgar los acontecimientos del siglo XVI con mentalidad del siglo XX, hayan tachado de incultos y bárbaros a quienes no habían cruzado el Atlántico para coleccionar documentos, sino para implantar el cristianismo y destruir el paganismo.



Si de las influencias indígenas en la legislación y las costumbres españolas pasamos al arte, veremos que la escultura, la pintura y la literatura recibieron de los indios y los mestizos una fisonomía inconfundible y digna de estudio y aprecio. Los lapidarios que antes esculpían ídolos en piedra con herramientas del mismo material, al abrazar el cristianismo y disponer del cincel, esculpieron imágenes de santos europeos con técnica y alma americanas. Los pintores de códices je-

C O N T R A L A H I S P A N O F O B I A

roglíficos se volvieron decoradores de templos y palacios. Las fachadas platerescas y barrocas ostentaron entre cordones franciscanos y grotescos de un gótico retrasado, jeroglíficos de lugar y motivos ingeniosos tomados de la flora y de la fauna del Nuevo Mundo. Y, ya en siglos posteriores, hasta la atormentada ornamentación churrigüesca fué exagerada por la fantasía del trópico, produciendo lo que se ha llamado el estilo ultrabarroco mejicano, que llegó hasta España, donde se construyeron algunos edificios que acusan aquella influencia exótica.

Pero volvamos por un momento a los primeros días de la evangelización y veamos a dos venerables varones emplear el arte como medio para conquistar corazones. Fray Pedro de Gante, pariente cercano de Carlos V, establece en la ciudad de Méjico, hacia 1525, una escuela en la que enseña a los indios a pintar, esculpir, tallar retablos, cantar y tocar diversos instrumentos y en esta tarea pasa cincuenta años aislado del resto del mundo, a tal extremo, que cuando pretende escribir a su familia encuentra que ha olvidado su lengua materna. Don Vasco de Quiroga, en Michoacán, le da a cada pueblo una industria diferente. A unos les enseña a pintar objetos de laca, a otros a hacer flautas y sacabuches, a otros a tejer mantas; y logra tal éxito en su empresa civilizadora que todavía el día de hoy aquellos pueblos viven de las industrias que les enseñó el apóstol. Y nadie que visite la región de los lagos mi-

R A F A E L G A R C I A G R A N A D O S

choacanos se escapa de sentir en el ambiente el alma de Don Vasco, que sigue velando sobre sus ovejas.

Se ha acusado a España de haberse desentendido de la educación del indio. Leyendo la traducción de unos anales escritos en lengua náhuatl encontré una frase que me intrigó: decía así: "En 1528 llegó Zumárraga Obispo y hablaron en latín los estudiantes". Al desentrañar su contenido encontré que se refiere al hecho de que cuando llegó a Méjico el primer Obispo y Arzobispo Fray Juan de Zumárraga, los colegiales indígenas educados por los franciscanos en Santiago Tlalotelolco le dirigieron alocuciones en latín. No hacía todavía tres años que el colegio había sido fundado, y adviértase que sólo admitía indios, cuando ya había un grupo de ellos que hablaba y escribía el latín. En este benemérito establecimiento fué su maestro hasta muchos años más tarde el padre de los estudios arqueológicos mejicanos, Fray Bernardino de Sahagún, varón infatigable cuyo espíritu científico sirvió de desagravio por las destrucciones de códices de años anteriores. Su obra copiosísima, en idioma náhuatl, cuyos manuscritos originales se conservan en esta ciudad y en la de Florencia, han sido estudiados, pero no agotados por Seler y Lehmann y nos reservan todavía sorpresas que podrían arrancarles los investigadores españoles compatriotas del autor.

He querido sólo mostraros algunos de los aspectos